

que manda Negrete, y otros muchos cuerpos muy arrogantes y bien equipados.

El Presidente entró á Puebla en medio del júbilo de todos los habitantes de la heroica ciudad, que recuerdan con amor al joven de veintitrés años que detuvo durante cuarenta y tres días á un ejército de diez mil hombres.

Ayer empleó todo el día el ejército en pasar revista de comisario. Somos más de cinco mil hombres, con cuarenta y seis piezas de artillería y un tren de ciento veintitrés carros. ¡Qué escuadrones tan bien montados, qué batallones tan brillantes, qué caballos tan lucidos y briosos! Esto es tropa, y no los pobres indios vestidos de manta que traen los constitucioneros.

Por la tarde se presentó nuestro General vestido de gran uniforme, lleno de bordados y condecoraciones, el sombrero montado con la pluma rizada, á caballo sobre un potro negro que relinchaba gozoso como si conociera el noble peso que lo oprimía.

Miramón está algo más grueso que cuando era cadete; más que grueso embarneado, guapo y de buen porte. La cara es más seria, los movimientos más mesurados, la actitud más tranquila; pero lo que no le desaparece ni le desaparecerá nunca, porque es el sello de su individualidad, el distintivo de su persona y la marca de su genio, es el brillo de su mirada aquilina, que no lee ni examina ni penetra á los corazones, sino que todo lo tiene ya sabido



y averiguado, y sólo funda y rectifica de un vistazo aquello de que necesita enterarse.

No he oído á Miramón en las grandes ocasiones, cuando dirige la palabra á las tropas y las electriza, haciéndolas marchar contra parapetos bien defendidos, arrebatar cañones y quitar banderas; pero aun estando tranquilo, su voz es varonil, persuasiva y vibrante.

Habló al sexto de infantería, diciéndole que más que las seducciones del poder le atraían las fatigas de la campaña, y que como sabía que entre nosotros contaba con sus mejores y más leales amigos, buscaba nuestra compañía más bien que la de los políticos encopetados que le rodearían en la capital. Recomendó á los del sexto si-guieran en todo el ejemplo de su General, que era un verdadero soldado, y acabó entre las aclamaciones delirantes del cuerpo que le escuchaba y del público todo.

Por supuesto, y en esto me aparto de la opinión de S. E., no creo que fuera muy conveniente que los soldados de Negrete siguieran su ejemplo, pues se pronunciarían en tal caso diez ó doce veces cada año, en pro ó en contra de distintas cosas, y eso no me parece debido.

Concluída la arenga del joven General, el batallón maniobró á la voz de aquel, dando á conocer una instrucción amplísima y una organización inmejorable.

6 de Marzo. — *San Juan Coscomatepec.* — Hoy recibieron su bautismo de sangre nuestras valientes tropas. Los constitucionalistas, que se fían en lo inexpugnable de las posiciones que tienen conquistadas, están atrincherados en la barranca de Jamapa. Cobardes como son, tenían fortificado uno de los lados del desfiladero. Todas nuestras gentes dieron muestra de arrojo y bizarría, sobre todo el 11.º batallón, que llevó su bandera hasta los parapetos que deseaba conquistar.

13 de Marzo. — *La Soledad.* — Aquí tenemos en campaña á otro Rojas, discípulo ó sectario del de occidente. Este, además de robar y saquear, se dedica á algo nuevo: volar puentes y destruir caminos.

Los hermosos puentes del Atoyac y el Chiquihuite estaban hechos pedazos. De aquél apenas quedaba un trozo de arco sobre el enorme cantil, como un diente solitario en lo que había sido una linda boca. Del puente de Chiquihuite, en el lugar que había estado la clave, solo existía un crestón de tierra suelta con un matojo suelto por penacho para indicar por donde habían pasado la ruina y la barbarie.

Osado como ninguno, el Presidente se adelantó á pasar aquel precipicio; pero el Ministro de la Guerra le detuvo á tiempo, y solamente cuando dos personas hubieron vadeado aquel obstáculo sin novedad, consintieron sus fieles en que pasara el General.

Desde que trepamos á la otra margen vimos una línea de fuego y humo que se extendía por todo el camino real: era la huella de los constitucionalistas que dejaban impresa su firma en aquellos lugares antes prósperos y llenos de vida.

La yerba de los campos, los pueblos, las haciendas y hasta las más insignificantes rancherías ardían á una, elevando unas serpientes de llamas que se retorcían y se juntaban en lenguas rugientes, constituyendo las otras

pequeños incendios que iban devorando el pasto agostado, las yerbas rastreras y las cañuelas, restos de la última cosecha.

Los infelices habitantes habían sido echados de sus casas, y contemplaban sus muebles, sus animales y su humilde vajilla desparramados y en confusión.

Una viuda con seis hijos lamentaba, no sólo la pérdida de su casita y de su pobre ajuar, sino también la de un par de vacas que constituían el sustento de toda la familia.

Mr. Baché, súbdito francés que tenía una fonda en Paso Ancho, había enarbolado el pabellón del imperio en la esquina de su vivienda. No sólo perdió cuanto tenía, sino que quedó mal herido. Mientras las llamas barrían y desquiciaban las habitaciones de tablas mal unidas, la bandera francesa permanecía enhiesta, como presenciando el desastre para apercibirse á la venganza.

El Presidente dispuso se acercase á toda prisa la segunda división. ¡Pobres soldados! no habían probado el rancho, y tuvieron que andar siete leguas casi á la carrera para apagar el incendio del Camarón.

Pero el General no economizaba las fatigas: para alcanzar á los chinacos emprendió el camino de Paso Ancho á Camarón é hizo menos de una hora. Le seguimos unos cuantos que llegamos con los caballos asoleados. La división continuó su camino y llegó á tiempo de evitar el incendio del pueblo de la Soledad.

Las seis de la tarde serían cuando llegamos á la Soledad. Desde el declive de la colina en que el pueblecillo se halla asentado, se domina todo el ámbito disponible, y si se defiende el puente, se puede tener la seguridad de detener á un enemigo tres veces mayor del que atacaba á los constitucioneros.

Sin embargo, nada hicieron porque nada podían hacer. Obligados á batirse, resistieron por espacio de dos horas, y á eso de las ocho se dispersaron por todas las lomas cercanas; nuestras tropas entraron á la Soledad en medio de las bendiciones de los pobres moradores, que ya creían ver arrasadas sus propiedades.

*Tejería, 18 de Marzo.*—Hoy hizo el General Presidente un reconocimiento de la ciudad que tomaremos, desde el médano del Encanto. Luego que nos vieron los constitucionalistas, empezaron á disparar contra el grupo que formábamos los acompañantes del señor Miramón; pero sin conseguir colocar siquiera un proyectil en dirección al punto atacado. El coronel Ramírez de Arellano dijo con mucha razón: «había oído contar que los mejores artilleros eran los de Veracruz; pero lo cierto es que las punterías de ahora han dejado tan mal puesta su reputación, que estoy tentado de creer que no tuvieron intención de herir.»

*Medellín, á 24 de Marzo.*—Hay positivo terror en el

campamento. Se sabe que no han salido aún de México los auxilios de parque y dinero que se aguardaban para comenzar el asedio de Veracruz. La carga de maíz costaba cinco pesos el día 17; el 19 valía treinta; una onza de pan vale medio real, y en proporción todos los demás efectos. La paga de general no bastaría para la manutención de un subalterno, y esto cuando el soldado lleva nueve días de no recibir un sólo centavo de su prest.

El clima, que se había manifestado benigno, está ahora insoportable. Hay multitud de enfermos de insolación, fiebres intermitentes y disenterías; las bajas llegan á varios centenares. Pero nada le hace; hoy mismo empezarán las operaciones contra la plaza, y allí conquistaremos cuanto nos hace falta: dinero, elementos de guerra, reposo y paz.

Si esta noche se intentara un buen asalto, mañana podríamos estar en el interior de Veracruz, recreándonos con el aspecto del mar... y el de las horcas que levantaríamos para Juárez, Prieto, Ocampo, Emparan y comparsa.

*La misma fecha (por la tarde).* — Hoy ha salido la orden para que el ejército se retire hacia Orizaba. El General ha pensado bien: esta situación era insostenible, y si los defensores de la plaza, confiados en sus fosos, en



Hoy descansamos y recibimos paga

sus alambrados, en sus estacadas y en sus obras exteriores, por más que no tienen ningún valer como militares, hubieran resistido un solo día, ni el ejército habría aguantado, y, caso que no se hubiera podido tomar la posición, habrían dicho que nos habían vencido. De esta manera, no pueden asegurar que hayan ganado triunfo ninguno.

*Córdoba, 2 de Abril.*—Hoy descansamos y recibimos paga. El General se adelantó hasta Orizaba, impuso un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, y aquí nos tienes ya *socorridos y satisfechos*.

Esta es, someramente narrada, la expedición de Veracruz. No es un triunfo brillante; pero sí la demostración de que el ejército nuestro es invencible y de que la fortuna de los constitucioneros ha consistido en el clima, que ha sido su único fiel aliado.

Si en vez de obrar como obramos, se hubiera emprendido el ataque, ¿cómo habrían ascendido á héroes todos los pobres que están parapetados tras de los muros de la heroica? Así, ya sabe todo el mundo que no hubo vencimiento, sino una honrosa retirada.

Muchos abrazos para todos.

BUENAVENTURA.

Del Padre don Eulogio Flores

á Juan Pérez de la Llana

*Sayula, el 7 de Enero de 1859.*

Muy querido amigo don Juan: Como me obligué, desde que nos separamos en Ahualulco hace cosa de un año, á referirle todos los lances de amor y fortuna que acontecieran á las gentes de esta su casa, le comunico ahora que la maldad de los hombres, la de los tiempos y la de la naturaleza combinadas, han caído sobre nuestro amigo don Alonso, tan digno de todas las bendiciones del cielo y de todos los favores de la suerte. Pero ¡tonto de mí! estoy hablando de favores de la suerte y picardías de la naturaleza, como si hubiera en este bajo mundo otra cosa que la voluntad de Dios clara y visible. Decididamente, empiezo á chochar; su Divina Majestad me lo tenga en cuenta para no juzgarme contaminado de las malas ideas.

Pero vuelvo á nuestro asunto. Es, pues, el caso que el primero de este mes, como á las cuatro de la madrugada, se sintió en la hacienda un gran tropel de caballos que venía del rumbo de las Guásimas. Era la gavilla de Valeriano Larrumbide, que hacía cuatro días merodeaba por el valle: delataban su presencia las hogueras que se veían hacia *El Zapotillo, La Cofradía, Puerta de ánimas* y *El Reposo*. Largo rato estuvimos oyendo el tiroteo con que se

recibió á los bandidos (porque bandidos son aunque se llamen soldados de Dios) en la *Yerba-buena*; y al cabo de un cuarto de hora miramos las lenguas de fuego que as-



cendían por los aires enrojando el cielo y como delatándole las infamias de esas gentes que se dicen intérpretes de sus voluntades.

Señor don Alonso estaba resuelto á defenderse, pues había armado con buenos mosquetes y yogas á veinte de sus mozos; pero movido de mis exhortaciones y de los ruegos de la santa señora doña Eduviges, dispuso abrir las puertas de la finca á la gentuza.

Apenas esclarecía, cuando el tropel se escuchó más cercano, ya en el potrero de Buenavista. Monté en mi mula tordilla, y solo y mi alma me dirigí al encuentro del bandido para anunciarle que la hacienda estaba dispuesta á recibirles á él y á su gente.

No es mal presentado Larrumbide; dicen que es gachupín é hijo de buena familia; pero si eso es cierto, sus padres deben de haberse muerto de dolor al ver el retoño que de ellos había salido. Me recibió con altanería como si quisiera hacer burla de mí y de mi investidura.

— Vaya con el curácuaro, me dijo, ¿y de cuando acá tienen los masones capellanes á su servicio?

Repliqué con deferencia, pero con firmeza, que no sabía á qué masones se refería, pues el señor don Alonso era un caballero cristiano, que nada tenía que ver con enjuagues políticos.

— Eso será lo que tase un sastre, me contestó amoscado; continuemos nuestro camino, que estoy que ardo de gana de desayunarme... y de dar su merecido á alguno de esos que protegen liberales.

Mientras este diálogo pasaba, ya habíamos llegado al portal de la hacienda. Bajó Larrumbide del rosillo que montaba, echó las riendas en manos del primer mozo que llegó, y todavía con espuelas, chivarras, bufanda al cuello y sombrero calado subió las gradas que conducen á la casa.

Don Alonso estaba en lo alto de la escalera, y cuando el capitanejo se acercó á él dispuesto á empezar las feroces chanzonetas que acostumbra, el amo se limitó á decirle:

— Señor, todo cuanto hay en esta casa puede usted tomarlo; sólo le suplico haga que los soldados que manda respeten el honor de mi familia.

Interrumpió el Larrumbide su marcha, y mirando á don Alonso con unos ojos inyectados de sangre que parecían los de esos cántaros figurando muñecos que los chicos ponen en la noche para asustarse unos á otros, dijo escupiendo por un colmillo y arrojando al suelo la colilla del puro que fumaba:

— Señor mío, hace usted bien en no dar coces contra el aguijón; pero no se figure que esa aparente buena voluntad ha de servirle de algo.

Dicho y hecho; al poco rato vimos que los facinerosos empezaban á romper puertas, á derribar tabiques y á destrozarse aquella finquita, que, como usted recuerda, era una primorosa tacita de plata.

Con vigas que entre tres ó cuatro blandían á pulso, echaban abajo las puertas de las trojes, y el grano que llenaba el cuarto hasta lo más alto, salía en montones inundando corredores y aposentos. Allí ponían á comer á sus caballos, que por cierto ya estaban hartos y apenas baboseaban el maíz; tanto pasto habían tenido en las haciendas del rumbo.